

# LA DEFENSA

“La solidaridad de los partidos liberales es la defensa suprema.”

SERIE 4.<sup>a</sup>

San José, Costa Rica, Febrero 9 de 1902

NUM. 27

PROPIETARIO Y ADMINISTRADOR,  
**EMILIANO SANCHEZ PRADILLA**

## PERMANENTE

“Somos, en frente de nuestros adversarios, como dos conquistadores irreconciliables que se encuentran en la garganta de un desfiladero, en donde por fuerza ha de pasar el uno sobre el cadáver del otro para llegar á su destino. Mientras la naturaleza de las cosas no cambie, nos manda nuestra propia conservación cerrar las filas y arrojarlos sin miedo en la arena de ese duelo á muerte para vivir al fin ó morir como hombres libres!”

JUAN DE DIOS URIBE.

## BELISARIO PORRAS

Panamá por su situación topográfica queda casi aislado del resto de los Departamentos de Colombia. Ningún comercio sostiene con el interior de la República y los cambios de ideas entre sus hombres pensadores son tan poco frecuentes que no es raro que en Bogotá no se sepa mayor cosa del Istmo y vice-versa.

Y, sin embargo, ninguna región del territorio colombiano debiera atraer tanto el interés del Gobierno y las miradas de los patriotas estudiosos como el Istmo.

Durante el régimen liberal los gobernantes se preocuparon de llevar á las Universidades de Bogotá jóvenes istmeños en donde se ilustraban, compartían ideas con sus camaradas de todo el país, se empapaban en las nuevas teorías que pululaban en el mundo científico y conocían y trataban á los hombres públicos. Aquella fué una hermosa época en que se fundaba algo sólido para el porvenir.

Llegaron los regeneradores al poder y sólo se preocuparon de llenar sus bolsillos con el oro extraño de todo lo q' podían vender aunque se llevaran de calle la soberanía de la Nación; y así vimos á Núñez descontando por un centenar de años las rentas del ferrocarril interoceánico, á Caro y los Holguín vendiendo por un pan los derechos adquiridos ya por la nación sobre el canal y sus accesorios; á Sanclemente vendiendo la obligación que tenía la compañía de prolongar hasta Flamenco el Ferrocarril, y á Marroquín y Martínez Silva ofreciendo en los mercados yankis la soberanía del

Istmo, que otra cosa no es el traspaso de los derechos inmanentes de la Nación sobre la neutralidad y propiedad del canal aunque se le encubra con los convencionales nombres de arrendamiento ó hipoteca.

Hay en Panamá una casta privilegiada que se titula noble, que se amolda fácilmente á todas las peripecias de la política; tiene en su seno personajes bastante inteligentes y bastante dúctiles entre los cuales se suceden los cambios aparentes del movimiento gubernativo, pero quedando en el fondo la misma oligarquía.

Su ductilidad llega hasta el extremo de que personajes que en Bogotá son tenidos por liberales, son en Panamá conservadores *pure sang*. Su única aspiración: conservarse en el poder, su única política: odiar á la raza de color. A Prestán, Cocobolo y Patricele no los ahorcaron en 1885 por revoltosos, sino por ser negros.

Correoso, verdadero fundador del partido liberal en el Istmo, le dió impulso á las generaciones posteriores del 60, sin que siempre hubiese logrado desprenderse de la influencia del círculo godo-oligarca sui-generis del Istmo.

Porras es de la generación de istmeños que concurrió desde el año de 1874 á los claustros de la Universidad; allí estudió, allí coronó brillante carrera de abogado y allí bebió el liberalismo en las puras fuentes de la democracia. Pasaron los años; él y sus camaradas corrieron suertes diversas, se dispersaron cuando el huracán regenerador devastó la nación, sin que hubiera podido agotar la simiente que habían sembrado en cerebros jóvenes los viejos pensadores y adalides del derecho.

Porras, aunque de pura raza blanca, tuvo carácter y firmeza suficientes para no enrolarse en el círculo oligarca de su tierra, fue perseverante en sus ideas democráticas y pronto se convirtió en adalid del pueblo.

Las convulsiones políticas internas de Colombia casi nunca tuvieron eco en el Istmo. Golpes de cuartel y tentativas casi siempre frustradas fueron los únicos espasmos de aquel pueblo. En la actual campaña, Panamá ha despertado de su tradicional indiferencia ó marasmo: la suerte de la causa republicana no le ha sido indiferente; el pueblo se ha levantado en todas partes; se han librado batallas reñidas y gloriosas para las armas liberales y

muchos de sus valientes hijos han ejecutado verdaderas hazañas.

Se debe este inusitado movimiento, esta preponderante exhibición de fuerzas y vigor, al impulso dado por Porras, secundado hábilmente por Noriega y Méndez. Designado por Soto y por S. Sarmiento para pronunciar á Panamá, concurrió á la cita con 70 compañeros y desde que desembarcó en las desiertas playas de Burica hasta el 25 de Julio, todo fué una serie de triunfos, de victorias y marchas estratégicas que le dieron la posesión casi completa del Istmo.

La suerte á las armas liberales fué adversa en el combate de los alrededores de Panamá, sin que Porras tenga responsabilidad en ese fracaso; el humo de las victorias había cegado á algunos de los jefes liberales y aun hubo deliberada voluntad de prescindir del caudillo en la jornada final. A la postre aceptó, como noble, la carga del desastre, y mediante oportuna y hábil capitulación, salvó la mayor parte de las fuerzas y los elementos que debieran seguir sirviendo para sostener la lucha; y así vemos que Noriega, por una parte, y Victoriano Lorenzo, el indio tenaz, que merece uniforme de oro, por otra, han mantenido en más de un año á raya las fuerzas dictatoriales.

Porras ha emprendido de nuevo la campaña y pronto batiremos palmas á sus heroicidades.

De porte aristocrático, de complexión nerviosa, activo, es fuerte y elástico como de acero; maneja con igual brío la pluma y la espada; las marchas á pie no lo anonadan y aventaja á los montañeses acostumbrados á las fatigas; su generosidad y desprendimiento personal no reconocen límites; sus dotes administrativas son envidiables; las cuentas de su ejército fueron llevadas con pulcritud y esmero tales, que hacen recordar las prácticas puras de los antiguos administradores de la nación.

Ama á Colombia; no admite ni aun en conjetura, que el Istmo pueda separarse de la República; y combate con todo el ardor de su espíritu á los desalmados que han perdido el amor á su patria.

Porras es uno de los hombres del porvenir.

(De *La Opinión Pública* de Curazao, de 23 de Octubre).

## 50 DIAS EN UN MINISTERIO

Bogotá, octubre 3 de 1901.

Al Sr. General don Marceliano Vélez.

Medellín.

Señor General y amigo:

(*Continúa.*)

Entiendo que algunos de esos telegramas han

sido detenidos en el camino, lo que corrobora lo fundado de mi alarma. Debo apuntar aquí que á poco de encargarme del Ministerio de Guerra hice presente al señor Marroquín la necesidad de agotar todo medio y camino decoroso para llegar á la paz, pues fuera de la ruina y corrupción que en general extendió por todo el país la guerra, estaba ya demostrado por la experiencia y las noticias recibidas de casi todos los Departamentos, que no podía, como lo deseábamos, suspenderse ó disminuirse la emisión para atender á ésta, porque el arbitrio de las contribuciones forzosas cobradas á los enemigos del Gobierno había resultado del todo ineficaz; y demostré de un modo incontestable que más que á los ejércitos enemigos y á las cantaleteadas invasiones, debíamos temerle á las emisiones, tales como éstas se estaban y están haciéndose; que ya de todas partes se avisa que el precio de la tropa no alcanza á mantener al soldado; que el gasto de ocho millones al mes se duplicaría dentro de poco, y que no está lejano el día, si así seguimos, en que por la depresión causada por esas emisiones sin límite ni freno por la visible incapacidad del Gobierno y por el poco interés que este manifiesta en la solución de nuestros grandes problemas de actualidad, el billete llegue á valer tan poco, que deje de ser un recurso para el sostenimiento de aquél, resultando la repudiación *de facto*, y que ese día habrá caído el Gobierno, sean cuales fueren sus intenciones y buenos propósitos. Agregué que el país en general y el partido liberal en particular tenían poca fe en la palabra del Gobierno, porque la habían visto olvidada ó violada repetidas veces. Dije que acaso convenía renovar todo el Ministerio, para presentar al país un grupo nuevo y fuerte en torno del Vicepresidente; y ofrecí ser el primero en renunciar mi puesto con ese objeto. A esto observó el señor Marroquín que probablemente de quien se desconfiaba era de él; y yo no tuve nada que objetar á una observación que me pareció ingenua, fundada y patriótica. Pero nada logré en definitiva. Supe que en época anterior había habido amagos de inteligencia entre el Gobierno y algunos liberales de prestigio no comprometidos en la revolución, y que trataban de mediar entre aquél y los jefes de ésta, pero que las cosas no se habían adelantado, seguramente por haber disminuido el peligro para el Gobierno. No conocí las bases sometidas á la consideración de éste en esa ocasión, pero tengo motivos para creer que fueron las que hace pocos días se han publicado en esta ciudad, después de mi prisión, dando á entender que esas serían las que adoptaría la nueva administración que yo diz que trataba de sustituir á la actual. Declaro que nunca hasta ahora, había tenido bajo mis ojos semejantes bases.

Por instancias del señor General Jorge Mora Vázquez resolvió el señor Marroquín despachar una comisión formada de dos conservadores y dos liberales, á entenderse con los principales jefes de la revolución; y á fin de que pudiera conocer en detalle el asunto el General Sergio Camacho, que debía ser uno de los comisionados y resolver si aceptaba ó no el encargo, el señor Marroquín autorizó á varios amigos de éste para que lo llamaran. Llamáronlo, en efecto, y llegó de Miraflores á esta ciudad, pocos días antes de mi prisión, y cuando ya el círculo de que he hecho mención había, como de cos-

tumbre, hecho desistir al señor Marroquín de los patrióticos y levantados propósitos que abrigaba poco antes. Excusado es repetir, puesto que yo tomaba parte en esas deliberaciones, que se trataba de una paz decorosa para una y otra parte. De los militares que somos al mismo tiempo hombres de bien y no tenemos en nuestro pasado una deslealtad ó una traición, no hay derecho para desconfiar.

En ese intervalo yo propuse en el Consejo de Ministros que gracias á los triunfos recientemente obtenidos y á los que se esperaban con seguridad (y que han ido ocurriendo) en las fronteras, dadas las fuerzas y elementos acumulados en oportunidad, estaba casi terminada la guerra, pues en efecto ahogada en el Cauca, Santander y Bolívar, en pocas semanas se había logrado apagarla prácticamente en Antioquia, Tolima, Boyacá y Cundinamarca, reduciéndola á cuantía casi insignificante; se expediera un Decreto legislativo que fuera una Ley de Elecciones, sencilla, eficaz y amplia, en que se adoptara, como en varios países más civilizados que el nuestro se ha hecho, el principio de la representación de las minorías, y sostuve que eso podría hacerse correctamente, interpretando de un modo filosófico y práctico el artículo 12 de la Constitución. Añadí que, en mi concepto, esa medida y la reforma racional de las circunscripciones electorales, que ya había sido resuelta, sería suficiente, si los revolucionarios le concedían crédito á la palabra del Gobierno, para que éstos depusieran las armas y llegaríamos á la paz que es el anhelo de los hombres de bien de todos los partidos y especialmente de los conservadores que tenemos bastante entusiasmo y lealtad para sin estrépito teatral, esponer en estas contiendas, en defensa de nuestra causa, no sólo la fortuna sino la tranquilidad y la vida. Estas ideas por un momento parecieron entusiasmar al señor Marroquín. Hubo, sin embargo, quien discutiera la legalidad del procedimiento, se levantó la sesión; y al abrirse la siguiente, á que precedió larga conferencia del señor Marroquín y algunos de los agentes del círculo que pide la guerra de exterminio, y entre tanto el libre manejo de los caudales públicos y de la suerte del país, aquél manifestó que era cosa resuelta que no se trataría más de la expedición del Decreto propuesto por mí. Seguían llegando noticias favorables de todos los campamentos y acantonamientos. En esos días el señor Marroquín, no sé si por iniciativa propia, ó por insinuación del señor Leonidas Posada Gaviria, lo comisionó para que se entendiera con el doctor Sanclemente, con el objeto, según se ha afirmado, de recabar la renuncia de éste, á trueque de la promesa de que el señor Marroquín también se retirase después de acordar un Ministerio en que figuraran algunos liberales connotados. El señor Marroquín dió, según parece, al señor Posada una lista de individuos entre los cuales podría escogerse el Ministerio. Como causa eficiente de estas determinaciones y gestiones, se presentaba la muy plausible del deseo de la paz y la necesidad de unir el partido conservador, organizando un Gobierno popular y prestigioso, ya que la opinión de dicho partido se había separado casi por completo del encabezado por el señor Marroquín. El doctor Sanclemente, sin vacilación, declaró que aceptaba lo propuesto, dió su lista de candidatos, y afirmó que su resolución era retirarse definitivamente de la vida pública. Al conocer ésto el

señor Marroquín, cuyo propósito parece que no era otro que sorprender al doctor Sanclemente sacándole la renuncia, para suprimir una contingencia que no le convenía y luego, como ya lo ha hecho otras veces, dar por no empeñada su palabra, se llenó de alarma y empezó á posponer la entrevista en que debía dar al señor Posada su resolución definitiva. Es supérfluo agregar que el señor Posada obraba en ésto, como en todo, con patriótica buena fe. Estas gestiones iniciadas ó autorizadas por el señor Marroquín, y respecto á las cuales se dió al señor Posada una carta que, aunque escrita con el propósito de que llegado el caso fuera difícil fijar después su verdadero alcance, por su misma ambigüedad; denuncia los planes tortuosos á que obedecía, hizo pensar seriamente á muchos conservadores en una solución que, dentro del terreno constitucional, trajera la unión del partido, un Gobierno fuerte y honrado en toda la amplitud de la palabra, y una administración que robusta por estas condiciones, pudiera enfrentarse con las dificultades de la muy alictiva situación que se atraviesa. Esta no puede ser más grave. Brillan por su ausencia las ideas y planes de Hacienda en la desastrosa bancarrota á que hemos llegado. Encargado ese ramo á personas que no entienden la materia, ni han tenido siquiera la práctica rutinaria de ella bajo alguna administración competente y respetable, mal podría esperarse que fuera atendida debidamente, de suerte que la historia fiscal de este último año, será la exhibición más triste de incapacidad y de derroche. El único arbitrio en esta conflagración ha sido el billete, la emisión sin término, la ruina á plazo fijo, el suicidio. De cuando en cuando brillan en la esterilidad de esta expectativa, proyectos que la agravan aun más todavía, porque revelan la impotencia y el pánico. Ha llegado á proponerse que el Gobierno se eche sobre todos los cueros que hay en el país ó que vayan resultando, y que los exporte por su cuenta. Otro día se me consultó seriamente por un allegado del señor Marroquín, si convendría decretar que todo exportador de café que lograra sacar hasta bordo de un buque de mar su producto, le cediese al Gobierno la mitad de éste, á trueque de las garantías dadas por el mismo Gobierno, para permitirle avanzar hasta allí su operación. Para los que nos hemos formado en la lucha, manejando hombres y venciendo dificultades, habituándonos á las nociones prácticas de la equidad y del sentido común, estos fermentos de empirismo colonial y arbitrario, no pasan de ser pesadillas de enfermo, y serían risibles, si agitando el cerebro de nuestros personajes, no fueran terribles amenazas para la propiedad y el buen nombre de la Patria.

PEDRO NEL OSPINA.

(Continuará.)

---

## GACETILLAS

---

### Un crucero

El Gobierno de Chile ha comprado un crucero de 4160 toneladas, por la bonita suma de 22.000.000 de francos, sin contar el valor de la artillería, que costará otra barbaridad.

